

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Volumen 1, Número 1, Julio 1992

El problema político de Jerusalén. Las perspectivas israelíes.

Mario Sznajder

pp. 55-62

El problema político de Jerusalén

Las perspectivas israelíes

Mario Sznajder

EN el marco del conflicto árabe-israelí, el problema político de Jerusalén es visto como uno de los puntos centrales y de más difícil solución. En lo que va del siglo mucho se ha hablado y escrito sobre Jerusalén, pero hasta hoy, ninguno de los planes presentados ha sido aceptado o considerado seriamente por todas las partes involucradas en el conflicto que divide también a Jerusalén. El no haber negociado una solución del conflicto árabe-israelí, ha provocado seis guerras entre ambas partes. En dos de estas guerras –1948 y 1967– Jerusalén ocupó un lugar central y se combatió en ella y por ella, aunque los resultados de estos enfrentamientos no han contribuido hasta ahora al logro de una solución consensual respecto de los problemas de Jerusalén. Ni las proposiciones de una solución negociada, ni las guerras, ni tampoco el *status quo ante* han acercado hasta hoy a las partes a una solución del problema político de Jerusalén.

Para Israel y para el pueblo judío, la centralidad de Jerusalén es innegable, pero al parecer, también

lo es para el lado palestino, árabe e islámico. Es por ello que a cada lado le es difícil ceder en sus posiciones básicas, condición necesaria para cualquier tipo de compromiso que se proponga.

Como ciudad, marco de un conflicto inter-étnico, intercomunitario e inter-religioso, Jerusalén no es un caso excepcional. Su situación podría compararse con la de Bruselas, Montreal o Belfast.¹ Pero a las tres facetas conflictivas antes mencionadas, hay que agregar la del enfrentamiento internacional de Israel con el mundo árabe. De este hecho deriva que la solución política de los problemas de Jerusalén y la solución del conflicto árabe-israelí sean interdependientes.

Es inimaginable una paz sin una solución a los problemas de Jerusalén, así como una solución del conflicto jerosolimitano sin una paz árabe-israelí.

AGRADECIMIENTOS

La compilación del material y la investigación del tema, fueron posibles gracias a un fondo de investigación de la Universidad Hebrea de Jerusalén, otorgado por el Instituto Harry S Truman para la Promoción de la Paz. Trozos y fragmentos del artículo serán presentados en la Mesa redonda sobre las implicaciones del problema político de Jerusalén, que se llevó a cabo en el marco del Congreso Internacional "Religioni del Libro e religiosità Contemporanea", realizado en Turín, del 31 de marzo al 3 de abril de 1992.

Dr. Mario Sznajder, docente e investigador del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Hebrea de Jerusalén e investigador asociado del Instituto Truman de Estudios por la Paz. Co-autor de "Naissance de L'ideologie fasciste" y autor de diversos artículos sobre temas de teoría política, publicados en libros y revistas científicas israelíes e internacionales.

¹ Cf. C. Klein, "A Comparative Study of Three Heterogeneous Cities: Brussels, Montreal and Jerusalem", O. Ahimeir (ed.), *Jerusalem - Aspects of Law*, Jerusalem, The Jerusalem Institute for Israel Studies, 1983, 2nd edition, págs. XXII-XXIII.

Este hecho dificulta aún más la solución política del problema de Jerusalén.

Datos básicos

EN los últimos dos siglos la ciudad de Jerusalén ha crecido, desde el punto de vista demográfico, de 9.000 habitantes en 1800 a más de medio millón en 1990. A los efectos de este trabajo, utilizaremos la división de la población de Jerusalén en sub-grupos, según su afiliación religiosa: judíos, musulmanes y cristianos, teniendo en cuenta que esta división no refleja exactamente la división de carácter político, en relación con la cual se enunciarían las diversas soluciones posibles.

Los datos sobre desarrollo demográfico de Jerusalén son los siguientes:²

Año	Población	Judíos	%	Musulmanes	%	Cristianos	%
1800	9.000	2.250	25	4.000	44	2.700	30
1850	15.000	6.000	40	5.400	36	3.600	24
1870	22.000	11.000	50	6.500	30	4.500	20
1880	31.000	17.000	55	8.000	26	6.000	19
1900	55.000	35.000	64	10.000	18	10.000	18
1922	62.600	34.000	54	13.500	22	14.700	24
1946	165.000	99.500	61	33.500	20	32.000	19
1967	267.000	196.500	73	60.500	23	10.800	4
1985	457.000	328.000	72	115.700	25	14.000	3
1989	504.100	361.500	72	126.900	25	15.400	3

Una mirada, inclusive superficial, a las estadísticas demográficas de Jerusalén, basta para refutar diversos conceptos propagandísticos, de carácter político, sustentados por las partes en conflicto. Es evidente que la parte judía de la población de Jerusalén se convierte en la más numerosa de las tres minorías religiosas hacia 1850 y constituye el 50% de la población de Jerusalén hacia 1870, es decir, varios años antes de que comiencen las inmigraciones judías modernas de inspiración ideológica sionista, en 1882. Desde 1870 y en forma ininterrumpida, la absoluta mayoría de la población de Jerusalén es

judía. Si bien parte de esta mayoría es judía ultra-ortodoxa, no sionista y hasta incluye pequeños grupos anti-sionistas (opuestos a la existencia misma del Estado de Israel como entidad política poseedora de la soberanía territorial sobre Jerusalén), la mayoría de la población judía de Jerusalén se adhiere ideológicamente a las varias ramas del sionismo, otorgando así un alto grado de legitimidad política a la idea de una Jerusalén israelí.

A partir del cuadro presentado, queda también claro que la minoría cristiana es la que más ha reducido el porcentaje de su población en Jerusalén, de un 30% en 1800 a un 3% en 1989. La mayor disminución se produce entre el final del Mandato británico y la postrimería de la ocupación-administración jordana de Jerusalén Oriental, cuando la minoría cristiana pasa de constituir un 19% de la población en 1946, a limitarse al 4%, en 1967. Durante la administra-

ción israelí la tendencia demográfica decreciente de la minoría cristiana continúa y ésta llega a constituir un 3% de la población en 1985, pese a que en términos absolutos, durante el período israelí, la población cristiana de Jerusalén crece de 10.800 en 1967, a 14.000 en 1985, y a 15.400 en 1989.

La población musulmana de Jerusalén, que en 1800 era la más numerosa de las tres minorías religiosas, con un 44% de la población, declina en porcentaje para llegar en 1900 –siempre bajo administración y gobierno de Turquía musulmana– a un 18%. Es interesante señalar que, desde 1967 hasta 1989, bajo la administración y el go-

² Cf. J. Halpert, *Between Redemption and Revival. The Jewish Yishuv in the Nineteenth Century*, Boulder-San Francisco-Oxford, The Westview Press, 1991, p. 7, *Jerusalem*, Jerusalem, Israel Information Center, 1991, p. 19 and M. Choshen & S. Greenbaum (eds.), *Statistical Yearbook of Jerusalem*, No. 8, 1989, Municipality of Jerusalem – The Jerusalem Institute for Israel Studies, 1991, p. 28. Los porcentajes son míos.

bierno israelí, la minoría musulmana aumenta el porcentaje de su población en Jerusalén de un 23 % a un 25 %. Este porcentaje es un poco menor que el aumento registrado desde fines del Mandato británico y durante la administración y gobierno de Jordania –1946: 20 % a 1967: 23 %. Paradójicamente, el porcentaje de población judía de Jerusalén entre 1967 y 1989, bajo la administración y gobierno israelí, declina del 73 % al 72 % del total, pese a la corriente inmigratoria.

Dentro de Israel, Jerusalén constituye hoy la mayor ciudad del país, concentrando un 11.1 % de la población total. Aún restando la población musulmana y cristiana, Jerusalén, con 365.000 judíos, es la mayor ciudad judía de Israel, seguida por Tel Aviv con 321.700 habitantes y Haifa con 223.600.³

Los problemas de Jerusalén son múltiples y no fueron resueltos ni por la guerra que dividió la ciudad en 1948, ni por la que volvió a unificarla, en 1967. La situación del conflicto interétnico, inter-comunitario, inter-religioso e internacional se ha visto agravada desde el estallido de la *intifada*, en diciembre de 1987. También en Jerusalén, que nunca dejó de sufrir los efectos del terror y de su represión, los niveles de violencia han alcanzado alturas considerables en diversos incidentes. El peso histórico-cultural y religioso de la Ciudad Santa da una especial relevancia simbólica a estos hechos y ellos juegan un papel central dentro del marco político-expresivo que caracteriza al conflicto árabe-israelí. Es así que el nivel oscilante de tensión en Jerusalén ha alejado a las partes en pugna, en tanto que los hechos de sangre han alimentado la continuación del conflicto y han fragmentado lo que se percibía en vías de integración.

La intensidad y gravedad del problema han llevado a la presentación de diversas propuestas de solución. Cada una de ellas intenta, de una u otra manera, integrar los diversos niveles del conflicto: el problema de Jerusalén como Ciudad Santa de las tres religiones del Libro, el problema de la integración funcional –a nivel municipal– y el problema de la soberanía política.

Soluciones propuestas

YA que para las partes involucradas en el conflicto, el problema central de Jerusalén es un problema de soberanía política, es difícil imaginar una solución que no se integre en el

marco de una paz negociada. Por otro lado, la discusión acerca de Jerusalén, en toda paz negociada, será central y, quizás, la más difícil de resolver. La situación no es estática, como bien lo demuestran las estadísticas demográficas, las guerras, la negociaciones, las legislaciones y las intervenciones internacionales, y lo que hoy pareciera impensable, quizás mañana se convierta en una posibilidad real. A fin de dar un ejemplo simple, mencionaremos sólo el hecho de que en noviembre de 1947 el liderazgo del Yishuv –comunidad judía en la Palestina bajo el Mandato británico– aceptó la decisión de partición de las Naciones Unidas, que proponía resolver el problema de Jerusalén a través de la internacionalización, la cual nunca fue llevada a cabo. Sería lógico conjeturar que, si en los años cincuenta o sesenta se hubiera presentado a los gobiernos israelíes la posibilidad de firmar una paz real, como se presentó en 1977 con la venida del Presidente Sadat a Israel –sin incluir Jerusalén Oriental dentro de Israel–, la paz hubiera sido firmada. Esto no desmerece los argumentos sobre el lazo histórico-religioso y cultural del pueblo judío y de Israel con Jerusalén, ni la realidad demográfica, sino que atestigua la fluidez y el dinamismo del conflicto árabe-israelí.

Otro parámetro importante es la realidad de Jerusalén reunificada. Pese a los conflictos y problemas que la afectan, nadie propone hoy seriamente volver a dividir Jerusalén. El experimento de división, a resultados de la guerra de 1948, duró 19 años y no acarreó ninguna consecuencia positiva. La administración jordana de Jerusalén Oriental, aunque árabe y musulmana, no benefició a la población local, de origen palestino. Este es un hecho conocido no sólo por Israel, que encontró en 1967 una Jerusalén Oriental sumamente deteriorada debido al peso presupuestal y político que la dinastía Hashemita puso en su capital, Amman. Todo ello implicó falta de fondos y falta de voluntad política para desarrollar la Jerusalén Oriental, hecho también reconocido por líderes palestinos como Faysal Husayni quien afirmó: “Yo siento que durante el período jordano no hubo justicia para el pueblo de Jerusalén. Jerusalén no jugó un rol mayor en los planes jordanos, y ellos no trabajaron por Jerusalén de la manera que lo hubieran hecho los palestinos si hubieran tenido el poder... Si los jordanos hubieran tratado a Jerusalén como tra-

³ M. Choshen & S. Greenbaum (eds.), *Statistical Yearbók of Jerusalem*, op. cit., Table III/3, pág. 30.

taron a Transjordania, habría 200.0000 palestinos en Jerusalén, no 75.000. Los israelíes no habrían considerado la posibilidad de anexar la ciudad".⁴

Aunque durante el siglo XIX las potencias europeas y el Papado intervinieron en la discusión entre las diversas instancias cristianas sobre el control de los Santos Lugares en la Jerusalén gobernada por el Imperio Otomano, el problema se tornó internacional cuando los británicos ocuparon Jerusalén, a fines de 1917. Ya durante la Primera Guerra Mundial –acuerdo Sykes-Picot, 1916–, se negoció la internacionalización de Jerusalén que luego los británicos no efectuaron. El Mandato británico, eludiendo el problema de la soberanía política futura sobre Jerusalén, aplicó fórmulas funcionales a la administración municipal, tratando de establecer un equilibrio entre la parte árabe y la parte judía.

En 1937, la Comisión Peel propuso la partición de Palestina, dejando a Jerusalén bajo un Mandato británico permanente y con un corredor terrestre que la conectara con el Mediterráneo. El *MacDonald White Paper* de mayo de 1939 propuso la creación de un Estado Palestino con Jerusalén como capital, siempre que se respetase el libre acceso a los Santos Lugares. En agosto de 1945, el *Fitzgerald Report* proponía una solución funcional de carácter municipal, que veía a Jerusalén como un condado similar a Londres, compuesto por dos corporaciones municipales, árabe y judía. Ambas integrarían un consejo administrativo central coordinador, poseyendo cada una un alto grado de autonomía. La Comisión Morrison-Grady propuso en 1946 la transformación de Palestina en un estado cantonal con una provincia judía y una árabe. Jerusalén y Belén constituirían un enclave especial, administrado por un consejo municipal que incluiría también a varios miembros designados por el Alto Comisionado británico. El plan de internacionalización de Jerusalén, basado en los informes de UNSCOP, también fracasó.⁵

Desde 1967 en adelante, diversas personalidades y sectores en Israel han propuesto pasos y planes concretos para resolver el problema de Jerusalén.

En 1967, el entonces Ministro de Defensa –Moshé Dayán–, siguiendo la línea de su gobier-

no, que se oponía a cualquier concesión que implicara el compartir con algún sector de la parte árabe del conflicto la soberanía sobre Jerusalén, pero que consideraba viable el otorgamiento de status extra-territorial a los Santos Lugares, propuso que se diera a Jordania, en representación del mundo musulmán, la soberanía sobre Haram al-Sharif, las mezquitas del Monte del Templo. Esto podría llevarse a cabo a través del izamiento de la bandera jordana sobre las mezquitas, el emplazamiento de una guardia reducida u otros actos de similar carácter simbólico, que satisficieran ansiedades y emociones religiosas del mundo árabe e islámico, sin afectar la soberanía política de Israel sobre toda la ciudad de Jerusalén.⁶

En 1968, Merón Benvenisti, entonces vicealcalde de Jerusalén y autoridad académica en el tema, elaboró, a pedido de la cancillería israelí, lo que se denominó el plan de la Gran Jerusalén. De acuerdo con este modelo, los límites municipales de la Gran Jerusalén incluirían también la zona de Belén y Bet Jalla, y la ciudad ampliada se dividiría en cinco comunas –corporaciones municipales autónomas. El conjunto sería gobernado por el Gran Consejo de Jerusalén, en el cual se reflejaría el predominio demográfico israelí. Este plan incorporaba la propuesta de Dayán sobre la extra-territorialidad de Haram al-Sharif y la soberanía jordana sobre las mezquitas. Las comunas, divididas de acuerdo con criterios étnicos y religiosos, otorgarían un máximo de autonomía que reflejara la división de la población de Jerusalén.⁷ Cuando la propuesta fue hecha pública en 1971, su autor, Merón Benvenisti, llegó a ser amenazado de muerte. La propuesta causó tanto furor y reacciones negativas en la mayoría de los sectores de la opinión pública israelí, que el entonces canciller Aba Eban tuvo que negar su conocimiento de ella.

En 1971, la revista *New Outlook* y el grupo “palomo” de Shalom UBitajón (Paz y Seguridad), realizó un encuentro de intelectuales en el que se planteó el problema de Jerusalén. Muchas y diversas fueron las opiniones expuestas. Zvi Lam, profesor de Educación de la Universidad Hebrea de Jerusalén, presentó su plan, el cual rechazaba la posibilidad de una absoluta soberanía israelí sobre toda Jerusalén, ya que para él

⁴ H. Schenker, “Faysal Husayni: We Want National as Well as Civil Rights”, *New Outlook*, November-December 1986, p. 9.

⁵ M. Benvenisti, *Jerusalem. The Torn City*, Jerusalén, Isratypeset, 1976, pp.364-367.

⁶ *Ibid.*, p. 358.

⁷ L. Susser, “The City that Defies Solutions”, *The Jerusalem Report*, 6.12.1990, p. 17.

los derechos de los árabes sobre la ciudad incluían la autodeterminación y, por lo tanto, la soberanía sobre su zona de residencia. Lam proponía mantener la soberanía israelí sobre Jerusalén Occidental, otorgar soberanía árabe a Jerusalén Oriental y status especial a la antigua ciudad amurallada de Jerusalén. El status especial incluiría también los Santos Lugares situados fuera de las murallas, que constituirían una unidad municipal separada, regida por un consejo compuesto por judíos, musulmanes y cristianos. La ciudad amurallada estaría abierta a todos los ciudadanos de Israel y del estado árabe-palestino que se constituiría vecino a ella, e incluiría la parte árabe de Jerusalén fuera de las murallas. Una fuerza policial mixta y equitativa, árabe-judía, comandada por un ciudadano de un país neutral, se encargaría de la seguridad en la ciudad amurallada. Sus habitantes podrían elegir entre la ciudadanía israelí o árabe. El acuerdo incluiría libre circulación para todos los habitantes de Jerusalén, desmilitarización de toda la ciudad, acuerdos de extradición y una comisión municipal coordinadora.⁸

La mayoría de los participantes en la reunión organizada por *New Outlook* estuvo de acuerdo con que había que mantener la unión de Jerusalén y a la vez buscar la fórmula adecuada para satisfacer los deseos de soberanía de la población árabe. De gran interés fue la ponencia de Yshaihu Leibovitch, profesor de Ciencias Naturales y Filosofía de la Ciencias de la Universidad Hebrea, quien señaló la importancia afectiva y religiosa de Jerusalén para el pueblo judío, que, según su opinión, era mayor aún que la de Israel. Leibovitch señaló, en cambio, que en la negociación política el argumento demográfico era más válido que el religioso. Según él, sería un error para el gobierno laico de Israel —que no se guía por los preceptos bíblicos— el argumentar a favor de sus derechos basándose en una religión que no practica y en la cual no cree. Para evitar el obstáculo afectivo y religioso que a ojos de cristianos y de musulmanes crea la imagen de la “Jerusalén judía”, Leibovitch proponía otorgar soberanía sobre las mezquitas de Haram al-Sharif a jordanos o palestinos y sobre el Santo Sepulcro a las diversas instancias cristianas interesadas en él.⁹

Saúl B. Cohen, de Queens College, en Nueva York, propuso en 1977 una solución a cinco niveles: Estado, Naciones (Kehilot), Consejo Municipal, Comunidades (Comunas) y Barrios. La soberanía quedaría en manos del estado (Israel). Las naciones se encargarían de la educación y de la religión. El consejo municipal tendría a su cargo la infraestructura de la ciudad que incluiría caminos, mercados, policía local, vivienda y planificación en el uso de tierras. La comunidades se ocuparían de los permisos para la construcción, de la administración de la educación, de los parques y de la recreación. Los barrios tendrían a su cargo lo relativo a los centros comunitarios, la educación pre-escolar y los parques locales. Según este plan, cada uno de los diversos grupos que integran la población de Jerusalén lograría concretar sus aspiraciones en los diversos niveles de representación.¹⁰

Daniel Elazar, un politólogo norteamericano y el director del “Jerusalén Institute for Public Affairs”, propuso transformar a Jerusalén como capital de Israel, en un distrito federal. Esto otorgaría a la ciudad facultades legislativas especiales que le permitirían afrontar el problema de los Santos Lugares. Por otro lado, la autoridad especial conferida a la municipalidad de este distrito federal permitiría a los diversos grupos representados en ella dirimir sus diferencias étnicas y comunitarias.¹¹

Teddy Kollek, el alcalde de Jerusalén, sin proponer un plan completo, ha establecido cuatro principios prácticos que guían su política: (1) Libertad de acceso a los Santos Lugares; (2) No obstaculizar el desarrollo autónomo de la vida y economía en el sector árabe y no controlar ni intervenir en los asuntos religiosos y culturales de musulmanes y cristianos; (3) Otorgar servicios sociales y municipales equitativos para todas las partes de la ciudad; y, (4) Promover los contactos culturales, sociales y económicos entre todos los sectores de la población, respetando la identidad cultural y nacional de cada uno de ellos.¹² Kollek sostiene que Israel debe continuar unida bajo la soberanía israelí y, a la vez, posibilitar el mayor grado de autonomía para los sectores árabes, a fin de crear, a largo plazo, un *modus vivendi* positivo. Sus argumentos contra la doble soberanía en Je-

⁸ “Jerusalem: Answers to the Riddle of Sovereignty”, *New Outlook*, No. 5 (124), June-July 1971, pp. 38-39.

⁹ *Ibid.*, pp. 41-42.

¹⁰ S. B. Cohen, *Jerusalem. Bridging the Four Walls*, N.Y., Herzl Press, 1977, pp. 120-121.

¹¹ L. Susser, “The City that Defies Solutions”, *loc. cit.*, pp. 17-18.

¹² *Ibid.*, p. 18.

rusalén son de carácter pragmático. Dos sistemas legales, afirma Kollek, conducirían a dos aduanas, dos sistemas de impuestos, dos fuerzas policiales y terminarían dividiendo la ciudad con una muralla de separación, que le devolvería la tristeza de la Jerusalén dividida.¹³

La posición oficial del gobierno de Israel se basa en esta versión reducida, la Ley Básica sobre Jerusalén. Tanto en los acuerdos de Camp David como en las actuales negociaciones de paz dicha posición oficial israelí consiste en que toda Jerusalén –definida por sus límites municipales vigentes, que incluyen Jerusalén Oriental y la ciudad amurallada– es parte integral del Estado de Israel y, por lo tanto, no negociable. Esta es la razón por la cual el gobierno israelí insistió en que en la representación palestina de la delegación jordana-palestina a las negociaciones de paz en Madrid, Washington y Moscú, no fueran incluidos delegados palestinos residentes en Jerusalén.

Esto hace que las proposiciones palestinas de doble soberanía sobre una Jerusalén unificada que sirva de capital tanto a Israel como a un eventual estado palestino, enunciadas por el Prof. Walid Khalidi, o la versión del Prof. Sari Nusseibah que propuso una “soberanía dispersa”, para sobreponerse al problema de la discontinuidad territorial de los diversos barrios árabes en Jerusalén Oriental, sean rechazadas de plano por círculos oficiales israelíes.¹⁴

Parámetros para una solución real del problema político de Jerusalén

HAY quienes sostienen que, dado que el problema político de Jerusalén constituye el centro del conflicto, es necesario resolverlo al comienzo de las negociaciones de paz, ya que de no hacerse así, pesará como una sombra negativa sobre las negociaciones, impidiendo su avance. Otros sostienen que la complejidad del problema de Jerusalén es la que determina que la discusión de su posible solución sea diferida para el final de las negociaciones de paz. La lógica de este argumento es que todo lo logrado hasta que se discuta el difícil problema de Jerusalén, servirá de incentivo para su resolución. Sin este tipo de

incentivo, sostienen los que apoyan esta línea, Jerusalén presenta tantas dificultades que su discusión prematura puede detener el proceso de paz. Por otro lado, si este problema fuera resuelto al principio, facilitaría el resto de la negociación. En realidad, las negociaciones directas han comenzado en octubre de 1991, en Madrid, sin que el problema de Jerusalén fuera sacado inmediatamente a colación.

La cuestión sobre Jerusalén debe ser resuelta en tres niveles. El primero es el que concierne a los Santos Lugares y es quizás el de más fácil solución. El segundo es el nivel funcional, el cual concierne a la administración municipal. Teniendo en cuenta que existe un cuasi-consenso entre todas las partes respecto de que la ciudad de Jerusalén debe permanecer unificada, la división de labores y el grado de autonomía de cada sector de la población son temas serios. Pero, tal como lo define correctamente Benvenisti, el problema crucial de Jerusalén es el de la soberanía.¹⁵ La mayoría de las facciones políticas de Israel, tanto en el gobierno como en la oposición, quieren mantener a Jerusalén unificada bajo la soberanía israelí, y no están dispuestas a acceder a ningún tipo de soberanía árabe –palestina, jordana u otra– sobre partes de Jerusalén. Por otro lado, la fracción árabe, y especialmente la población palestina, no está dispuesta a contentarse, a largo plazo, sólo con la autonomía municipal o de derechos civiles bajo la soberanía política israelí, sino que exige que Jerusalén Oriental se convierta en la capital de un eventual Estado Palestino. Desde esta perspectiva, el conflicto en torno a Jerusalén parecería irresoluble. Sin embargo, la adopción de criterios dinámicos de solución podría abrir una esperanza futura.

Hemos visto cómo, en el sector israelí, la pluralidad social y política ha producido una cantidad de modelos de solución y práctica política en relación al problema de Jerusalén. La practicabilidad de las políticas y de los modelos depende no sólo de su validez teórica sino también de las circunstancias, las cuales en política son las que permiten transformar ideas en proposiciones y luego en hechos concretos. Hemos visto también cuán cambiantes son las circunstancias y cómo lo que ayer era válido y practicable puede dejar de serlo hoy.

¹³ T. Kollek, “Whose Jerusalem”, loc. cit., p. 18.

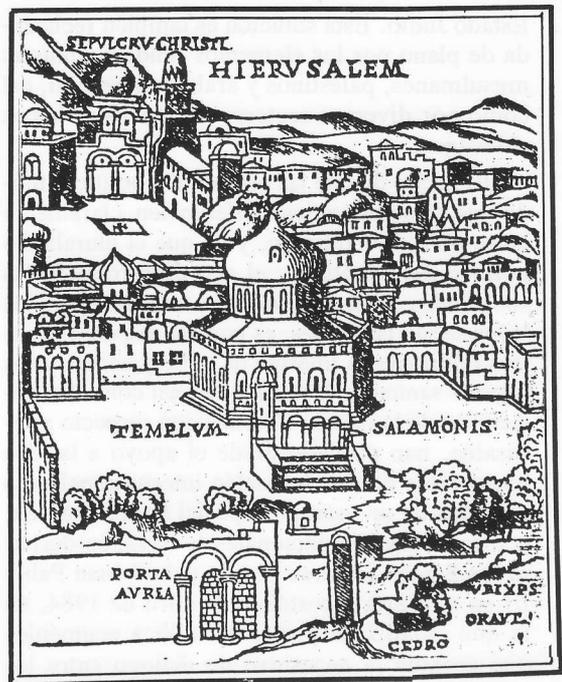
¹⁴ L. Susser, “The City that Defies Solutions”, loc. cit., p. 21.

¹⁵ M. Benvenisti, *Jerusalem. The Torn City*. op. cit., p. 362.

Examinando las diversas posiciones árabes sobre el problema de Jerusalén, encontramos que aunque hay ya un reconocimiento de la necesidad de mantener a Jerusalén unificada –Walidi, Nusseibah, Hussein de Jordania– la mayoría de las decisiones adoptadas en las conferencias cumbres árabes –Fez (1972), Amman (1987), Casablanca (1989)– así como la declaración de independencia palestina –Argelia (1988)– y la posición egipcia enunciada en la carta de acompañamiento al acuerdo de Camp David (1978), hablan de Jerusalén Oriental como un territorio inseparable de Cisjordania y que, eventualmente, debe quedar bajo soberanía árabe.¹⁶

Sin embargo, existe una posición árabe más extremista que es la de los fundamentalistas islámicos, agrupados en la organización político-religiosa Hamas. Para éstos la renuncia a cualquier parte de la Palestina Santa equivale a renunciar a parte de su religión y constituye, por lo tanto, un sacrilegio. Palestina es para ellos una extensión de Jerusalén –Al Quds, la Ciudad Santa. De ahí que la reconquista de Palestina con el objeto de devolverla al Islam transforma al Jihad –la guerra santa– en un precepto religioso obligatorio para todo musulmán creyente.¹⁷ Esta posición no sólo rechaza la soberanía israelí sobre Jerusalén sino sobre todo trozo de la Tierra Santa de Palestina, desde una perspectiva islámica.

Estos ejemplos servirán para comprender que las variaciones en la posición árabe con respecto a Jerusalén, a Israel y al conflicto en general, derivan de posturas ideológicas íntimamente ligadas al grado de desarrollo socio-económico y político de los sectores sociales que sirven de base a aquellos que las sustentan. De ahí que el problema de Jerusalén pueda ser enfocado también como un problema relacionado a diversos grados de modernización. Sectores sociales que no han vivido un proceso de modernización más o menos exitoso, o que reaccionan frente a la modernización fracasada y frustrante con un rechazo fundamentalista total, tienden en este caso a adoptar posiciones de rechazo sumamente radicales frente a Israel. Para estos sectores las metas religiosas y políticas se han convertido en solucionables a través de perspectivas mesiánicas. Esto es parcialmente válido también para la sociedad israelí, aunque en ella



el fundamentalismo mesiánico se nutre menos del rechazo a la modernidad, ya que Israel surgió básicamente como sociedad moderna, dando menos lugar a frustraciones antimodernistas que acarrearán una reacción fundamentalista. La perspectiva mesiánica en la sociedad israelí es más bien producto del efecto de la hostilidad árabe e islámica transformada en violencia. En el extremo opuesto, encontramos sectores modernos que no sólo no se apoyan en soluciones de carácter mesiánico totalizadores, sino que piensan en términos pluralistas que superan los conceptos de territorialidad y soberanía nacional, cuya raíz proviene de los nacionalismos del siglo XIX, aún con vigencia ideológica en el Medio Oriente. Es así como Faysal Husayni declara que él cree en dos soluciones posibles: ‘Jerusalén como capital de un estado democrático secular para todos (árabes y judíos, M. S.) o dos capitales, una para el Estado de Israel y una para el Estado Palestino... Siendo que el pueblo judío no está de acuerdo con la idea de un estado unido, hemos aceptado la idea de dos estados’.¹⁸ La solución en forma de un estado democrático secular no es aceptada por la mayoría de los israelíes, ya que se encuentra en contraposición con el sionismo y con la idea del

¹⁶ M. Klein, *Emdot Aravot Be-Sheilat Yerushalaim* (Arab positions on Jerusalem), Jerusalem, The Jerusalem Institute for Israel Studies, Discussion Paper No. 17, 1990, pp. 3 & 6-9.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 12-13.

¹⁸ H. Schenker, ‘Faysal Husayni: We Want National as Well as Civil Rights’, *loc. cit.*, p. 10.

Estado Judío. Esta solución es también rechazada de plano por los elementos fundamentalistas musulmanes, palestinos y árabes en general, así como por diversos sectores nacionalistas laicos palestinos.

El hecho de que las estructuras políticas modernas y democráticas diferencien claramente entre política y religión, y de que el pluralismo político democrático y el alto desarrollo de las sociedades civiles y constituye una base para las leyes según las cuales es posible dispensar a las tres religiones la libertad de culto y acceso a los lugares santos de Jerusalén. Es así como las posiciones de la Iglesia Católica con respecto a Jerusalén, han oscilado desde el apoyo a la idea irrealizable de una Jerusalén internacionalizada a la idea de un estatuto especial para Jerusalén, con garantías internacionales de salvaguardia para los Santos Lugares. Así lo aclaró Juan Pablo III en su Carta Apostólica de abril de 1984, en la que enfatizó la posición católica ecuménica que acentúa la necesidad de diálogo entre los creyentes de las tres religiones monoteístas.

El modelo de modernización social, democracia y pluralismo no puede, en estos momentos, resolver un conflicto que se define en términos de soberanía territorial. El logro de soluciones intermedias –cese del estado de guerra, separación de fuerzas, cese de la violencia, autonomía– en el marco de negociaciones de paz podría tener un efecto que, tendiendo a la modernización democrática y pluralista, restaría fuerzas a los sectores mesiánicos y de rechazo. Es indudable que el estado de hostilidad y guerra entre árabes e israelíes, de tan larga duración, ha creado en las opiniones públicas de ambas partes la tendencia a buscar soluciones que aseguren el control total sobre el territorio en disputa, en este caso, Jerusalén. La adopción de un estado de no beligerancia sería el primer paso que podría llevar al cambio en las opiniones públicas de ambas partes, cambio necesario para lograr el compromiso que permita una paz y permita también resolver el problema de Jerusalén. Quizás tiene razón aquellos que, como Saul B. Cohen, sostienen que si Estados Unidos reconociera la anexión de Jerusalén Oriental por parte de Israel, le facilitaría a Israel la cesión de territorios en Cisjordania y Gaza que posibilitara la satisfacción de las aspiraciones nacionales palestinas.¹⁹

La posición de los Estados Unidos con respecto a Jerusalén ha sido aclarada una y otra vez: por un lado el gobierno de Washington apoya la idea de una Jerusalén unificada, abierta al acceso

de todas las partes involucradas, en tanto que el barrio judío de la ciudad antigua estaría bajo gobierno israelí. Por el otro lado, el resto de la ciudad, ocupado por Israel como resultado de la guerra de junio de 1967, así como otras áreas ocupadas por Israel, son considerados por Estados Unidos como territorios ocupados, sujetos a las provisiones legales internacionales. El gobierno norteamericano sostiene que el futuro de Jerusalén será determinado a través de negociaciones y de acuerdos, y no de manera unilateral.²⁰ La posición de los Estados Unidos en el contexto internacional es importante para Israel, debido al apoyo económico y político que este país le otorga. De cualquier manera, hay que señalar que tampoco los Estados Unidos pueden ejercer en forma unilateral la presión que haría que Israel renuncie a su proclamada soberanía sobre Jerusalén Oriental. En general, presiones directas sobre Israel, en el contexto político actual, podrían provocar un endurecimiento de las posiciones políticas y de la opinión pública en este país.

La dinámica del proceso de paz, combinada con proposiciones políticas pragmáticas y el decrecimiento de los niveles de violencia en Jerusalén y en el Medio Oriente en general, podría llegar a producir una solución interina, en forma de autonomía palestina, dejando el problema de la soberanía y, específicamente, el de Jerusalén, para una segunda o tercera etapa. La realización exitosa de una etapa política intermedia podría suavizar las posiciones de ambas partes, permitiendo que se llegara a una diálogo, también sobre el problema de Jerusalén. Este diálogo, si se realiza, tendría, con respecto al problema de Jerusalén, el valor simbólico que tienen las conversaciones de paz para el problema árabe-israelí en general: demostraría a los liderazgos y a las opiniones públicas de ambas partes que es posible conversar sobre el tema, siendo preferible el diálogo político a la violencia.

En términos de soberanía territorial absoluta, el problema político de Jerusalén parece irresoluble; por lo tanto, su solución será probablemente postergada hasta que las partes dejen de pensar en estos términos y adopten soluciones políticas más modernas, que superen los límites heredados de los nacionalismos del siglo XIX.

¹⁹ S. B. Cohen, *Jerusalem. Bridging the Four Walls*, op. cit., p. 208.

²⁰ M. Benvenisti, *Jerusalem. The Torn City*, op. cit., p. 363.

Fe de erratas

*En el ensayo de Mario Sznajder publicado en el Vol. 1, No. 1 (p. 62),
donde dice "Juan Pablo III", debe decir "Juan Pablo II".*